

Delirio del corazón

Guadalupe González López

Para ti, Gustavo,
donde quiera que te encuentres.

Para mis tres hijos:
Elisa, Rodrigo y Lucía. Gracias por su amor y su cariño,
porque me quieren como madre y me aceptaron como mujer.

Sobre todo, a Lucía, fiel compañera
en la escritura de este libro.

Y también para Alan,
ese niño que vino a iluminar nuestras vidas.

PRÓLOGO

Si el futuro y el pasado existen, quiero saber dónde están.

Si todavía no lo puedo saber, sé, no obstante, que dondequiera que estén, no son allí futuro ni pasado, sino presente.

En la narración verídica de las cosas pasadas, lo que se extrae de la memoria no son las cosas mismas que pasaron, sino las palabras que sus imágenes hicieron concebir, las cuales, pasando a través de nuestros sentidos, quedaron en nuestro espíritu marcadas como huellas...

Confesiones, San Agustín

Mi madre decidió compartir esta experiencia no sólo conmigo, sino con cualquier mujer que —al igual que ella— se atreviera a abrir una puerta en busca de algo, aun cuando este algo no fuera evidente, aunque tampoco lograra eludir el inevitable paso del tiempo, que sólo da cabida al recuerdo.

Y así, de ese modo aventurado, esa persona que he conocido por veintitrés años dejó de ser, en parte, mi madre, para dar paso a la mujer que ha plasmado su huella en estas páginas que la incitaban a contar una historia: su historia.

Sin embargo, no podremos negar que todas las acciones originadas por el amor nos refieren, en realidad, una misma historia: la de la entrega, la pasión, la felicidad... el desconsuelo, porque, ¿quién no ha gozado o sufrido a causa del amor?

En Delirio del corazón, Guadalupe hace un recuento de los momentos compartidos con su pareja, pero ante los dos existe un gran muro que siempre amenaza con cortarles las alas y desvanecer sus

sueños. Me viene entonces a la mente una frase —que más bien es una filosofía— de dos escritores, Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato: “Nada es casual en este mundo...” Porque tal vez nada hubiera sucedido si este encuentro se hubiera dado antes o después. Su aventura comenzó cuando tenía que ser; terminó cuando las agujas de su reloj indicaban el ocaso de ese tesoro encontrado años atrás en un mundo que juntos descubrieron.

El amor sólo se encuentra ahí, esperando, aunque no todos nos arriesguemos a tomarlo. Y, más que nada, aunque no todos dejemos que éste nos invada... que nos haga libres. Porque el amor, así mismo, requiere eso precisamente: la conciencia de saberse libres.

Ella supo, quizás a paso de tortura, que los fantasmas del pasado arrastran, muchas veces, cadenas que parecen irrompibles, que te impiden vivir tranquilamente. Pero advirtió, además, que las peores cárceles las fabrica uno mismo, en la mente. Y uno no puede andar por la vida con miedo, ni aferrándose a lo que ya ocurrió. Se dio cuenta de que en verdad el presente es lo único que tenemos, aun cuando el corazón explore infinitamente, intentando hallar la felicidad del ayer, de lo lejano, de lo distante: en cartas, por ejemplo, en olores, perfumes, sabores, colores, fotos, etcétera.

Acaso resulte cierto eso que dicen de que el primer amor nunca se olvida. Sospecho que esto es así porque nos entregamos completamente: no hay temores, traumas, rencores, explicaciones, ¡vaya!, ¡ni siquiera razones! El amor llega y ya. Se instala y uno no sabe con certeza por cuánto tiempo.

Yo me atrevo a pensar que ella dejó atrás algunos vestigios de su pasado. No le importaron las cicatrices. Amó por primera vez a este hombre, a pesar de saber que todo se volvería en su contra: su edad, la familia, la sociedad. Pero lo hizo, pues, como canta Silvio Rodríguez: “Los amores cobardes no llegan a historias”, y esto, todo esto que llena ahora la memoria de esta mujer, es, simplemente, el develamiento de una historia.

De este modo, la lección que me ha dejado mi madre es, esen-

cialmente, no esperar a que el destino nos prepare algo. Es mejor ir a su encuentro, encararlo, sin importar los retos que pudieran presentarse en el camino, sin miedo a equivocarme. Y, lo más importante: atreverme a jugar en la vida sin temor a perder. Pues, realmente, ¿acaso se llega a tener algo o a alguien alguna vez? Así que, ¿qué hay que perder?

Lucía López González

LAS HUELLAS DE LA FELICIDAD

Hace muchos años, la niña que fui jugaba soñando. Al crecer, comencé a vislumbrar un futuro. Más tarde me di cuenta de que no existe, de que por muy bien que lo hayas planeado, el destino te lleva cual hoja al viento. Es en esta etapa cuando ya no piensas tanto en lo que sucederá, sino en el hoy para disfrutarlo plenamente.

Intento ajustar mi memoria, pues los buenos recuerdos se desvanecen más pronto que los malos y, por si acaso se me olvidan, quiero narrar la historia de una mujer que se atrevió a jugar con fuego, aun sabiendo de antemano que se quemaría. Y, sin embargo, quiso correr el riesgo.

A veces la felicidad nos pasa rozando, casi imperceptible y no sabemos o no podemos reconocerla. Yo me decidí a aceptarla, aunque venía disfrazada de un cuerpo joven y un alma limpia que, para muchos, no me correspondía, pero el destino se puso de nuestro lado.

Fueron diez años de un amor a destiempo que le arrebatamos a la vida, que nos fuimos ganando a pulso, día a día, año tras año.

El dolor de la separación lo llevo clavado en el pecho, pero también su recuerdo, su voz, su risa, sus besos.

Me atreví a amar, a reír, a llorar. No quise hacer cuentas de lo que ganaba o perdía, simplemente no dejé pasar la felicidad y ahora se ha quedado sellada en mi memoria.

I. VERDE AMARGURA

Su cuerpo dejarán, no su cuidado,
serán ceniza, más tendrán sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.

Francisco de Quevedo

La alegría reinaba en el ambiente. Estábamos en su casa. Habíamos terminado de comer, nos encontrábamos en el patio donde disponen la mesa cuando llega toda su familia. Era una fría tarde de invierno, la primera del año. Entre broma y broma, durante la charla de sobremesa me levanté para ir a la cocina por unos limones, pero me encontré algo mucho más amargo. Lo vi. Dudé al tomarlo. Hubiera sido más fácil no hacerlo. Mis manos temblaron. Sentí un golpe tan fuerte en el corazón, que en ese instante supe que de verdad duele. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Mi cabeza comenzó a dar vueltas, tuve que sostenerme del refrigerador. Respiré profundamente. Salí al patio y lo llamé:

—Gustavo, ¿puedes venir, por favor?

Él se acercó a mí, lo puse en su mano y le pregunté:

—¿Qué significa esto?

No esperé la respuesta. Me dirigí a su recámara, empecé a acomodar mi ropa en la maleta. Afuera, el bullicio seguía igual. De momento, parecía que yo estaba en otro mundo, un mundo cruel que ya conocía y para el que no estaba preparada, como tampoco para el amor ni para el dolor. Siempre me toman por sorpresa. El gozo se tornó en tristeza. Él intentó detenerme:

—¡Por favor, no te vayas! ¡Te lo ruego! ¡Perdóname, Lupita!, te lo suplico, ¡perdóname! Mira, olvida todo por favor y vámonos a tu casa.

Pero ya no quise escucharlo. Simplemente me despedí de todos y me salí de su cuarto, de su casa, de su vida.

Mis pies parecían flotar mientras caminaba sobre la calle adoquinada. No supe cómo llegué a la esquina ni cómo me subí al autobús. El viento helado de la montaña golpeaba mi rostro. Me sentía rota por dentro. Atrás estaba quedándose un pedazo de mi vida, las calles me iban alejando de ese pueblo al que nunca habría de volver...

Cuando por fin llegué a mi casa, mis hijos no se encontraban ahí. De repente, toda la amargura contenida comenzó a brotarme por la boca, mi corazón se colapsó y de mis ojos salieron tantas lágrimas que mi cara se empapó de llanto.

Han pasado seis meses. Cada mañana que despierto me enfrento al reto de no encontrar junto a mí su cuerpo tibio en la cama. No hay un sólo día en que su recuerdo deje de acompañarme. Su ausencia se siente en cada rincón de la casa, como si una hiedra hubiese echado raíces por doquier. El eco de su risa —esa risa contagiosa y animosa— parece resonar en mis oídos. Aun así, la vida sigue su curso. Aparentemente todo continúa igual; todos los días amanece, todos los días me levanto, me baño, desayuno... todos los días salgo a la calle.

Pero, a veces, en el momento más inesperado, mi mente vuela hasta él, mi mundo se desmorona entre mis manos, mi sonrisa se convierte en mueca y me doy cuenta de que su sombra fantasmal todavía me acompaña, me persigue y se incrusta en mi presente.

En las noches, la soledad es tan fuerte, tan lacerante, que me quema el alma. Mis sábanas se bañan del deseo, de las ansias por tenerlo. Mi cuerpo, intranquilo, anhela el calor de sus manos, mi espalda el soplo de su aliento. Nada hay que me distraiga. En cuanto apago la luz y cierro los ojos, la oscuridad se adueña de mí. Entonces y, sólo entonces, me abrazo a su recuerdo.

Pasarán los meses, los años, pero tengo la seguridad de que nunca lo olvidaré, ni él a mí. El destino nos hizo coincidir, aunque fuimos nosotros los que quisimos que nuestros corazones se fundieran. El

lazo que nos unió fue un pacto sin leyes que permanece intacto, a pesar de ir cada uno por caminos diferentes.

No sé qué me depare el futuro, pero en el pasado aprisioné la esencia de la felicidad y mi presente todavía se perfuma con los aromas del amor.

Sé que muchos pensarán que es mejor no comprar boleto cuando es casi imposible sacarse un premio. Espero que quienes se hayan atrevido compartan conmigo la certeza de que hay instantes que nos cambian para siempre, en los que podemos mirar hacia arriba y tratar de alcanzar una estrella.

Aquí estamos de paso y, aunque muchas cosas nos suceden sin que logremos hacer nada para evitarlo, sólo tenemos una vida y de nosotros depende de qué la queremos llenar, ya que vivir es un ejercicio de gozo y dolor. Incluso las cosas que perdemos nos hacen agradecer lo que aún poseemos. Tendríamos que ver con los ojos del alma, pues la dicha no se compra ni se vende, sólo se instala.

A estas alturas, sé que el tiempo transcurre inexorablemente. La juventud hace mucho tiempo que me abandonó, pero el corazón, ese órgano asombroso, sigue latiendo con ímpetu y, en el umbral del otoño de mis días, puedo decir: "Vida, nada me debes; vida, estamos en paz".

Si miro hacia atrás, no cambiaría nada, ni lo malo, ni lo bueno, pues eso me convirtió en la mujer que ahora soy: igual que muchas, pero que en algún momento decidí nadar contra corriente en busca de mi felicidad, mi placer y mi amor.

Podemos elegir una ruta más cómoda en la que nuestras pisadas se sientan seguras, sin contratiempos. O tal vez aventurarnos por senderos desconocidos para intentar descubrir los tesoros que están por ahí enterrados, esperando por nosotros.

II. UNA LUMINOSA SONRISA

Debí haberte encontrado
diez años antes o diez años después.
Pero llegaste a tiempo.

Jaime Sabines

Me casé muy joven y, además, embarazada. Recuerdo todavía las dudas, la inquietud que sentí al ponerme el vestido de novia. No es que no lo quisiera, pero, en el fondo, sabía que ése no era el camino elegido por mí —al menos no todavía—. A mi corta edad no tuve la fuerza necesaria para tomar otro. A los diecisiete años, ¿quién puede saber si ha encontrado al amor de su vida?, ¿cómo estar seguro de compartirlo todo con esa persona para siempre? Hice lo que todos esperaban que hiciera y me costó muy caro.

Mi madre estaba contenta —así me parecía— de que la más grande de sus hijas fuera a casarse. Mi padre, por otro lado, se resignó a la idea. Él, para mí, siempre fue alguien en quien podía confiar, que estaba pendiente de mí. Cuando supe que tendría un hijo, no quise causar conflictos, ya que mi familia era una de las más conocidas en mi pueblo.

Demasiado pronto me di cuenta de que mi esposo era alcohólico. Por ello, a pesar de tener a alguien a mi lado, me sentía vacía. Aprendí a no esperar nada de nadie. Supe entonces que los errores que cometemos los pagamos aquí, en esta vida, y no en otro lado. El infierno lo tienes a veces tan cerca que te da miedo reconocerlo, aun durmiendo con el enemigo.

Poco a poco me fue arrebatando la inocencia, la confianza, la ilusión; el amor fue desapareciendo. Me resultaba muy difícil seguir queriéndolo. Nos metimos en un juego perverso en el que nadie

ganó. Su mundo ya era desconocido para mí. No quedaba rastro de lo que alguna vez imaginamos como nosotros. Las heridas fueron haciéndose más profundas, hasta que fue imposible sanarlas. Sólo quedaron cicatrices.

Tuve dos hijos más. En algún momento había pasado ya dieciséis años prisionera de mi cuerpo, pero no de mi alma. No pude seguir un día más a su lado. Corté de tajo todo, aun sabiendo que me esperaban tiempos muy duros.

El siguiente año lo ocupé en sobrevivir. Con tres hijos que sacar adelante, no podía darme el lujo de rendirme. Casi no dormía. Nunca como en esa época mi mente estuvo tan ocupada. Tuve que defenderme de lo indefendible, luchar contra mis propios miedos; hice cosas de las que no me sabía capaz. No podía detenerme, tenía que continuar, sólo continuar...

En ese inmenso caos que era mi vida, lo conocí. Fue una clara mañana de abril de 1994. Yo trabajaba desde enero de ese año como encargada de una tienda de abarrotes en San Martín, propiedad de mis ex cuñados. Recibí una llamada de la matriz para avisarme que me mandaban a un nuevo empleado. Lo vi entrar. Era un muchacho delgado, atractivo, se veía un poco nervioso, pero tenía una sonrisa que le iluminaba el rostro. Se acercó a mí:

—Buenos días —me dijo—. ¿Es usted Guadalupe González?

—Sí —le contesté—, y tú ¿cómo te llamas?

—Gustavo Munive.

—Está bien. Ven para que te enseñe la tienda y te diga lo que te toca hacer.

No, no fue amor a primera vista, ni tampoco a segunda. En realidad, si alguien hubiera presentado lo que sucedería, le habría dicho que estaba loco.

Era tan joven y tan opuesto a mí... Sensible, inocente, con ilusiones. Se dio cuenta pronto de la tristeza que cargaba a mis espaldas y se empeñó en aligerarla. Comenzamos a platicar todos los días, de mi familia, de la suya, de lo que nos gustaba. Poco a poco estas

charlas se fueron haciendo más íntimas. Esperaba el instante para hablar con él. Me escuchaba, lo escuchaba. Él se sentía solo, yo me hallaba sola.

Cuando se incorporó a la tienda, trabajaban ya tres empleados: Erick, el cajero; Julio, ayudante, y Adriana, encargada de carnes frías. A mí me caían bien, con todos me llevaba. No obstante, noté que Gustavo se ponía raro cuando yo hacía algún comentario sobre Erick. Supuse que existía cierta rivalidad entre ellos a causa del trabajo para intentar quedar bien conmigo. Intuía ya algo de inseguridad en Gustavo.

Empezamos a festejar los cumpleaños comprando pastel y refrescos que pagábamos entre todos. Iniciamos celebrando precisamente el de Erick y, por primera vez, vi la molestia dibujada en el rostro de Gustavo.

Yo llevaba mis discos a la tienda para ponerlos en el estéreo, pero dejé que cada quien trajera los suyos también, para que todos escucharan lo que les gustaba. Una cosa es cierta: si él siempre se interesaba en la música que yo escuchaba, era porque, en el fondo, quería acercarse a mí.

En mi cumpleaños recibí como regalo una bolsa café. Me dio mucho gusto saber que Gustavo y otras dos empleadas —Edith y Minerva— habían dedicado toda una tarde para escogerla.

Cada día que transcurría iba siendo más fácil gracias a sus risas, sus detalles y su presencia. Percibí que algo raro sucedía conmigo cuando lo empecé a extrañar los días que descansaba. Después, él me confesó lo mismo: que cuando yo no iba a trabajar, las horas se le hacían eternas.

Ansiaba llegar al trabajo. Nuestra amistad se fortalecía cada vez más, pero dentro de mí empecé a sentir algo más que eso, pues sus palabras eran caricias para mi alma. Sin embargo, a principios de julio de 1995 nos avisaron que cerrarían la sucursal y que liquidarían a todos los empleados, aunque a mí me pasarían a la matriz.

Hubo confusión, tristeza y enojo por parte de todos. Hice una

pequeña reunión en mi casa para corresponderles por haberme acompañado durante un año y medio. Les di mi dirección y les expliqué qué camión tenían que tomar en Puebla para llegar hasta mi domicilio. Después de la comida pusimos música, platicamos, les di las gracias por todo y nos despedimos. Ese día, al final, le di la primera carta de muchas que, sin suponerlo, se convertirían en muchísimas más.

Gustavo:

Sé que quizá sean los últimos días que nos veamos, pues aunque no queramos, tienes que tomar un rumbo distinto, donde sólo seré un recuerdo.

Tú sabes, casi estoy segura, los sentimientos que me inspiras; sin embargo, no sabes cómo me duele haber permitido que creciera esta amistad a algo más. Aun yo misma no comprendo cómo me sucedió.

Tengo la certeza de que hago mal al escribirte, pero ya no podía ocultarlo, sé que no debo ni puedo nada contigo, que tú debes gozar tu juventud y yo no soy quién para perturbarte.

Sólo quiero pedirte que en recuerdo de los tiempos que convivimos, me escribas cuando te acuerdes de mí.

Deseo sinceramente que seas feliz, pues eres una persona que lo tiene todo, pero tienes que confiar en ti.

Te quiere...

Me dieron unos días de vacaciones antes de empezar a trabajar en la nueva tienda. Fui con mis hijos al Distrito Federal a casa de mis hermanas.

Regresé al trabajo el lunes 24 de julio. Como siempre lo hacía, tomé el camión de las cuatro de la tarde con destino a Puebla para estar con mis hijos. Al llegar a mi casa me esperaba una sorpresa. Cuando entré, vi de nuevo la angustia y la preocupación en los rostros de Rodrigo y Lucía, los dos más chicos, quienes, con palabras precipitadas, intentaban decirme que Elisa, mi hija mayor, se había

marchado de la casa.

Se fue al Distrito Federal. Quizá tenía miedo... Tal vez pensó que la vida allá sería más segura o más fácil. No quiso arriesgarse conmigo. Me dolió que no hubieran sido capaces de decirme, ni mi hija, ni mi hermana. No hice nada, sabía que iba a estar bien, pero en ese tiempo comprendí que, aunque estés rodeada de tu familia, cada uno tiene que buscar su propia felicidad.

Al otro día fui a trabajar, como siempre. Al poco rato me avisaron que tenía una llamada de Puebla y me sobresalté: ya no quería más sorpresas. Tomé el teléfono, era Gustavo —lo de Puebla lo inventó, no podía decir su nombre, y menos esperar que me lo pasaran—. Cuando escuché su voz, no pude evitar sentir un cosquilleo en el estómago:

—Señora Lupita —me dijo—, necesito verla, por favor. No le quitaré mucho tiempo. ¿La puedo esperar en la terminal a la hora que salga?

—Sí —le contesté—, y sentí que el corazón se me salía del pecho.

Al caminar rumbo a la estación no quería pensar en nada. Ahí estaba, esperándome... hablamos, hablamos y hablamos, de él, de mí, de lo que sentíamos. Me comentó que me había extrañado mucho, que quería que nos siguiéramos viendo. Le contesté que era muy joven para mí, que sería imposible que existiera algo entre nosotros, pero fue tanta su persistencia que, viéndome a los ojos fijamente, me dijo:

—De verdad, señora Lupita, creo que lo que siento por usted es amor. Deme la oportunidad de demostrárselo.

—Está bien, Gustavo —le contesté—, pero sin promesas, sin compromisos. Cada quién seguirá haciendo su vida. No quiero que cambies nada por mí. Ni yo lo haré. No sé si es amor, no sé que sea esto que sentimos, pero ya lo descubriremos.

Yo misma no sabía qué había pasado. Únicamente sucedió. No fue sólo la atracción física, sino una mezcla de sentimientos: de soledad, de atención, de cariño, pero también de deseo y pasión.

No obstante, atropelladas en mi mente pasaron muchas cosas: ¿qué sentirían mis hijos?, ¿qué diría mi familia?, ¿qué pasaría si se enteraran mis ex cuñados? —para los que todavía trabajaba—. Solamente intenté escuchar a mi corazón y me di permiso de disfrutar, de sentir, de amar. Con todas las dudas del mundo, acepté que siguiéramos viéndonos.

III. HOTEL, DULCE HOTEL

Difícil es luchar contra el deseo.

Lo que quiere, lo compra con el alma.

Heráclito

Los amores cobardes no llegan a amores,
ni a historias, se quedan ahí.

Silvio Rodríguez

A partir de esa fecha, mi vida entera cambió. No quería un compromiso, sólo necesitaba un poco de ternura, sentir que la sangre todavía corría por mis venas. Creí, ilusa de mí, que no duraría mucho tiempo, que nada más sería un amigo cariñoso.

¿Cómo no imaginarlo, si le llevaba ventaja en todo? ¡Veinte! Sí. Veinte años y veinte kilos de más. Demasiado bueno para ser verdad. Aún hoy no sé dónde estuvo la magia. Encima, yo tenía un pasado y un presente del que no podía apartarme. En fin, éramos lo más lejano a una pareja ideal.

A pesar de todo, no quise atarlo a mí, no quise ponerle lazos de ninguna clase. Nunca fue mi intención arrebatarle su juventud, ni mucho menos aprovecharme de ello. Lo único que hice fue empezar a amarlo. Le pedí que siguiera viviendo como siempre, que no se esforzara tanto en agradarme. Lo que no le dije —no sé por qué— fue que su presencia ya era un regalo maravilloso.

Yo salía de trabajar a las tres de la tarde, hora en que él entraba a la escuela. Yo tenía que viajar diario de Puebla a San Martín y viceversa. En ocasiones podíamos platicar unos minutos en lo que esperaba mi camión, pero nuestro día era el sábado, o mejor dicho, nuestra tarde. En una de esas reuniones me dio su primera carta.

Lupita:

Qué puedo decir, tan sólo sé que te amo, que de verdad es amor lo que siento por ti. Que no soporto el no verte, el no estar a tu lado. No hay un sólo momento que no piense en ti y, sobre todo, no me importan las edades.

Solamente me gustaría que llegaras a sentir lo mismo por mí, que no dudarás de tus sentimientos, que estuvieras segura de lo que dices.

Sé perfectamente que esto no nos lleva a ninguna parte, sin embargo, no puedo aceptar la idea de que algún día se tiene que acabar. Creo, no podré.

Con mucho cariño, Gustavo.

Comenzamos a vernos. A veces me acompañaba hasta Pue-bla, otras, caminábamos por las calles de San Martín o, simplemente, nos sentábamos en una banca a platicar. Pero donde sea que estuviéramos, ni yo quería irme ni él dejarme. Era un martirio estar en la calle, ya no podíamos apartar la mirada el uno del otro.

No lográbamos estar alejados. Fue en el autobús cuando me dio el primer beso, aunque yo tuve que pedírselo. Sus manos temblaban cuando me abrazó. No pasó mucho tiempo para que las caricias fueran insuficientes. Nuestros cuerpos se quemaban por unirse. Sin embargo, mi deseo se contenía, el miedo de que me viera desnuda me paralizaba, ¡qué tal si se arrepentía! Mi razón me decía: “¡Detente!”; mi corazón: “¡Sigue!” Era una lucha entre dos mujeres, aquella que veía ante el espejo todas las mañanas y la que vivía dentro de mí, que ansiaba escaparse. Eran la misma, pero separadas por una sociedad que reprime, que etiqueta y que culpa. Al final olvidé mis temores, las dos se reconciliaron y ganó el corazón.

Recuerdo ese día como si lo hubiera vivido ayer. Fue el 2 de septiembre de 1995. Los sábados contaba con auto y, aunque ninguno de los dos teníamos mucho dinero, ahorramos durante toda la semana y decidimos ir a un motel. Escogí uno en Cholula, por el

cual pasaba todos los días al ir al trabajo. Además de resultarme sugestivo, era excitante imaginar las historias de quienes alcanzaba a distinguir cuando entraban. Los dos sábados anteriores lo habíamos intentado. Gustavo no tenía mucha experiencia en manejar, así que le di unas clases rápidas para que él lo hiciera —conducir, claro está—. Aun así dimos como tres vueltas antes de entrar, esperando a que no pasaran tantos carros. Por fin nos metimos. Era la primera vez que estaba en un motel. Fue algo que des-cubrimos juntos.

Después de preguntar cuánto costaba y pagar, entramos al cuarto. Era un lugar muy agradable y acogedor. Contaba con una pequeña sala. Su tenue luz conseguía una atmósfera íntima, propicia para la ocasión. Mi corazón palpitaba a mil por hora. Empezamos a besarnos, primero con dulzura, luego con locura... como nunca lo habíamos hecho. Mi piel se estremecía al sentir sus manos. Se sentó en la cama. Parada frente a él me quitó la blusa, me desabrochó el brasier, me acarició y me besó los pechos. Me dijo que eran los mejores que había visto. Nos desvestimos. Descubrí un cuerpo joven, tan perfecto que una intensa emoción me invadía. Mi olfato se impregnó de su olor, de su calor, mi boca saboreaba su piel salada, nuestras piernas se entrelazaron para comenzar la danza del amor.

Nos encontrábamos tan excitados que tardamos en acoplarnos. De pronto lo tuve dentro, firme, fuerte, empujándose contra mí, se alejaron todas mis dudas y me sentí plena, feliz, llena de amor. Un poco después, su respiración se convirtió en jadeo, comenzó a gemir de placer y su semen caliente me inundó las entrañas. Me besó con vehemencia, con una ternura hasta entonces desconocida para mí. Nos quedamos llenos de placer, abrazados. Felices.

Al salir, creí que todos se darían cuenta de mi cara de satisfacción. Dejé a Gustavo en la parada del autobús en Cholula y me dirigí a mi casa. Esa noche casi no pude dormir. En mi mente repasaba cada momento, cada beso, cada caricia.

Todos los sábados que pudimos regresamos a ese motel, nuestro

motel. Afuera no existíamos. Dentro éramos dos almas libres que se amaban sin ambages ni prejuicios.

Casi dos meses después me regaló un casete que grabó con canciones que había escogido para mí, después de oírlo se lo agradecí con una carta.

Cuando no teníamos dinero ni auto, nos quedábamos en San Martín, aunque ya era muy difícil estar sin tocarnos. A veces íbamos a comer, pero preferíamos ir al cine. Por supuesto, no nos importaba mucho la película, porque la función la dábamos no-sotros.

Nuestro sitio preferido era un parque que estaba en los alrededores. Grande y, sobre todo, solitario. Buscábamos un árbol apartado, nos sentábamos bajo su sombra y calmábamos un poco nuestras ganas comiéndonos a besos. ¡Ah!, pero debo confesar que hubo ocasiones en que las cosas se nos salieron de las manos... y de otro lado. Una vez el deseo se desbordó. La tarde era propicia. El sol se había ocultado, no había nadie cerca. Pusimos un suéter sobre el pasto, nos acomodamos como pudimos... Gustavo estaba tan excitado que le dije: "Termina tú, flaquito".

Los sonidos del amor son maravillosos. Sus gemidos al venirse eran música para mis oídos. Esa tarde yo llevaba puestos unos aretes que me gustaban mucho. Cuando fue a dejarme al camión, notó que se me había caído uno. Nos despedimos. El lunes me esperó antes de entrar a sus clases. Traía mi arete. No sé cuánto tiempo pasó buscándolo, pero al dármelo me sentí la mujer más amada del mundo.

No fue la única vez que hicimos el amor ahí, pero un día, estando sentados en el pasto, como de costumbre, sus ávidas manos me recorrían. Sin decir nada, me cargó y me sentó sobre sus piernas, me acarició los senos, primero por encima de la ropa, luego me quitó el sostén, alzó mi blusa y empezó a chuparme los pezones. Yo llevaba una falda amplia. Con la sangre hirviendo se bajó un poco el pantalón y me jaló la pantaleta. Me penetró, mi cuerpo se retorció de placer: sólo existíamos él y yo. De pronto, alcanzamos a ver la

luz intermitente de una patrulla que pasaba a las orillas del parque. Rápidamente nos levantamos. Como pudimos nos arreglamos la ropa y corrimos y corrimos hasta sentirnos a salvo.

Ahí fue cuando me di cuenta de que no sufría del corazón. Después que nos tranquilizamos, nos miramos y empezamos a reírnos como locos. Me sacudió un poco el pasto que tenía en el cabello, me besó y me dijo: "Te amo, preciosa, te adoro". Y nos fuimos "con el cuerpo con olor a hierba".

Él vivía en San Andrés, como a cuarenta y cinco minutos de San Martín, así que también tenía camino que recorrer. La semana se hacía tan larga, tan pesada, que cuando estábamos juntos no queríamos que llegara la noche. Cada vez era más penoso separarse.

Como yo era la que tenía que tomar la decisión de despedirnos, Gustavo sentía que no lo quería lo suficiente.

30 de noviembre, 1995

Lupita:

En ocasiones se me olvida que lo nuestro no es igual a cualquier pareja. A pesar del gran amor que existe entre nosotros, me doy cuenta de que no soy parte de tu vida, y creo que nunca llegaré a serlo.

Yo no puedo ni debo exigir mucho, tan sólo debo conformarme con el tiempo que puedas darme. Sería mucho peor el no verte.

Te ama...

En más de una ocasión se le fue su camión (el último era el de las nueve de la noche), entonces tenía que tomar uno que llegaba sólo hasta El Verde, la población más cercana a su casa, y de ahí se iba entre caminando y corriendo, como media hora, por una carretera oscura (después me reveló que le daba miedo). Todo eso lo hacía con tal de estar un rato más juntos. Yo se lo expresaba con cartas,

que eran la manera de decirle lo que sentía, cuando el tiempo no nos permitía otra cosa.

Un sábado que tenía coche, en vez de ir al motel fuimos a la fiesta del pueblo donde vivía Minerva, la que había sido mi empleada. Comimos y bebí un poco más de lo debido. Yo estaba tan contenta que a Gustavo no le quedó más remedio que reírse de las boberías que hacía. Cuando salimos ya era muy noche. Fui a dejarlo hasta su casa. Esa vez pude constatar el recorrido que hacía. Aunque él manejó de ida, me iba diciendo que me fijara bien en el camino, ya que me regresaría sola. Lo dejé cerca de su casa bastante preocupado, pero ya me sentía repuesta para manejar. Al otro día me habló como a las seis de la mañana para saber cómo había llegado.

El amor fue creciendo, incesante, imparable, incontrolable. En ese tiempo, ni su familia ni la mía sabían de lo nuestro. En una multitud, sólo éramos él y yo. Me bastaba ir a su lado, me contagiaba su juventud, sus bromas me hacían sonreír, hasta mi edad se me olvidaba. Todo parecía distinto. La vida misma se me hacía más fácil.

¿Se acuerdan que dije que mi vida cambió? Y lo hizo en todos sentidos. Los años, sin importar la apariencia, no me los podría quitar nunca, pero hubo algo que sí pude, los kilos de más que andaba cargando.

Al otro día de hacer el amor por primera vez con Gustavo, me puse a dieta. Cuando noté que ya había bajado un poco, empecé a hacer ejercicio. Quería verme bien, no sentir vergüenza cuando me tocara. Cada mes me pesaba en el mismo lugar, durante varios años guardé los comprobantes como un ejemplo de constancia. Si en algún momento flaqueaba, sólo tenía que imaginar sus manos recorriendo mi cuerpo. Poco a poco la metamorfosis se fue dando. En un año bajé veintidós kilos. No sólo me dio su amor, también el impulso necesario para ser una nueva mujer. La mujer que él descubrió en mí.

IV. EL CUARTO MÁGICO

Pero el fruto, pero el aire,
pero el tiempo que no fluya
pero la presencia tuya
fuerte, joven, dulce, grande,
sangre tuya en vena mía
lazos a instantes maduros,
dentro de estos cuatro muros
¿cómo me los guardaría?

Salvador Novo

En algún momento ya no conté con auto los fines de semana
y tuvimos que pensar en una solución. Era imposible quedar-

nos así, sin hacer nada, viéndonos como novios, porque ni eso podíamos ser en la frialdad de la calle. Ya era suya en cuerpo y alma.

A veces pasaba por enfrente de la tienda donde trabajaba para verme, aunque fuera de lejos. Se quedaba parado unos minutos. Sin palabras me decía con sus ojos cafés en los que tantas veces me había mirado lo que yo quería escuchar. Era un alivio para los sentidos.

Aunque teníamos poco más de un año de estar juntos, ya contábamos con varias anécdotas de que acordarnos, como en una ocasión en que íbamos a Río Frío. Llevábamos tortas y cervezas, pero nos equivocamos al bajar del autobús; aun así buscamos un lugar bonito para nuestro día de campo. Ya habíamos comido y bebido y, un poco mareados, empezamos a besarnos; de pronto vimos que se nos acercaba un viejito que, muy molesto, nos dijo: "Esto es propiedad privada, por favor váyanse de aquí". Más rápido que pronto agarramos nuestras chivas y nos salimos, pero ni eso nos quitó lo contentos. Para que no se le fueran a olvidar todas esas experiencias, se las escribí en una carta.

25 de septiembre de 1996

Gustavo, mi amor:

¿Te acuerdas de la primera vez que me acompañaste en el camión, cuánto tiempo platicamos en la CAPU; cuando fuiste a dejarme adonde tomo el camión, cómo estábamos parados sin poder despedirnos? ¿Te acuerdas de la mano, del primer beso, cuando íbamos en coche y queríamos que lloviera mucho, mucho? ¿Te acuerdas de la farmacia, de cómo manejaste tú para entrar al hotel, de la segunda, de la tercera vez? ¿Del otro hotel afuera de San Martín y de lo que dijimos para entrar al del centro? ¿Te acuerdas cómo nos enojamos en Cholula y qué frío hacía? ¿Del viejito de Río Frío (y nosotros con nuestras cervezas), de

Llano Grande y de mi pie torcido en la carretera a Tlaxcala?

¿Te acuerdas de las tortas del zócalo, de los tamales con Minerva, de las películas en el cine y de cómo te ponías? ¿Y del parque? ¡Qué sustos, qué emoción, qué lluvias, pero qué hermoso!

Sin embargo, todo lo hemos vencido, y aquí seguimos tú y yo, con nuestra locura, con nuestro amor que nadie comprende, pero nosotros lo vivimos y eso es lo único que importa.

Te amo.

Éramos amantes que necesitaban un refugio, no sólo para el placer sexual, también para el espiritual. Tan fuerte era el deseo de un beso, de un abrazo, como de platicar sin creernos vigilados, sin tener que reprimir nuestras emociones.

Comenzamos la búsqueda de un cuarto accesible que pudiéramos pagar. El dinero que ocupábamos en el motel lo daríamos para la renta. Queríamos uno que estuviera cerca de la parada de autobuses de San Martín. Al fin lo encontramos.

No tenía nada, eran sólo cuatro paredes desnudas con una pequeña ventana. Después de que nos entregaron las llaves, fuimos a comprar el colchón. Nos divertimos en la tienda probando todos, incluso los más caros, claro que de antemano sabíamos que nos llevaríamos el más económico, pero soñar no cuesta nada y era nuestro pasatiempo favorito.

Gustavo le pidió a un amigo de la escuela que lo ayudara a cargarlo porque ya no nos quedó ni para el taxi. Yo mandé a hacer unas cortinas de cuadritos azules, solitario adorno que tendría ese lugar.

Para nosotros, ese humilde espacio fue el Cuarto Mágico, porque el milagro de nuestro amor lo convirtió en un palacio, donde nos transformábamos en la reina y su rey. El colchón, único mobiliario que había, era como una gran cama, la más lujosa, pues lo que ahí se respiraba era el cariño más valioso del mundo, el que no se puede comprar, el que nace de dentro del corazón.

Se lo dije a mi manera:

25 de octubre de 1996

Mi amor:

Cuando estamos en esa habitación tú y yo, me olvido de todo, del tiempo, de la lluvia, del sol, de la gente, de mí misma, y sólo existes tú. Tu cuerpo, tu cara, tus palabras, tus silencios, tus bromas, tu risa, tus enojos, tus deseos, tu pasión, tu amor.

Gustavo, tenemos ya quince meses en esta aventura tan maravillosa, en la cual nos metimos sin saber que sería muy difícil salir.

Para algunos es mucho tiempo, para otros poco, para mí es un pedazo del tiempo que quisiera tenerte, porque mis sueños se rompen aun antes de soñarlos. Porque contigo sólo es hoy, nunca existirá un papel que nos ate, un hijo que nos una, una casa que nos espere. Sin embargo, nos amamos y tenemos nuestro mundo más fuerte que otros, porque seguimos unidos aun a contracorriente.

Me da miedo el futuro porque sé que no estarás a mi lado, porque sé que mi juventud va de regreso y la tuya apenas empieza, pero en esta rara e increíble historia predomina el amor, y los personajes nunca olvidarán esta parte de sus vidas.

Te ama
Lupita.

De espaldas al mundo vivimos momentos inolvidables, sintiéndonos dueños del universo. Después de calmar el calor de los cuerpos con nuestros juegos prohibidos, nos quedábamos estrechamente enlazados, cara a cara. Yo le acariciaba el rostro lentamente, él me besaba diciendo su frase predilecta: "Te adoro, mi reina".

Luego empezaba a hacerme cosquillas, jugábamos luchitas, reíamos con sus ocurrencias, en fin, nos amábamos. A veces, Gustavo pasaba al cuarto a dejarme recaditos para que los leyera antes de verlo. Así, cuando llegaba tarde, ya no podía enojarme con él.

11 de abril de 1996

Lupita:

He estado pensando en que podrías dejar de quererme y no me agrada nada la idea, pero eso no pasará, porque seré más cariñoso, te diré cuánto te quiero y te lo demostraré para que estés conmigo mucho tiempo.

Y cuando ya no sea así, quisiera seguir frecuentándote, nunca podré olvidar tantos momentos maravillosos que he pasado a tu lado. Quiero que sepas que eres una mujer única, creo que no existe ninguna como tú.

¿Sabes?, ya ocupas un lugar en mi vida, para mí siempre serás una persona especial, siempre...

Te quiero mucho.

Nota: No es que escriba poco, lo que pasa es que hago la letra pequeña.

Nos veíamos dos veces a la semana. Esos días, aunque me apuraba para llegar a cenar con mis hijos, no podía quitarme el sentimiento de culpa, de creer que no tenía derecho a ser feliz con alguien que no fuera su padre, de ser señalada como una mala madre. Fue una guerra constante entre el deber y el querer.

Me agobiaba el remordimiento. Intenté ir curando las heridas de todos, incluyendo las mías. Decidí ser honesta con mi familia. Mis hijos oyeron de mis labios que su madre también era mujer, una mujer que se había enamorado y que en su corazón también existía un amor distinto, sin que por ello dejara de amarlos. Aprendieron a aceptarme como era, como somos todos, con virtudes y defectos.

Un brillante día de agosto nos vimos temprano porque mi flaquito quiso que fuéramos a su pueblo en calidad de incógnitos. Estábamos muy emocionados, como si nos hubiéramos ido de pinta. Me llevó a unos terrenos de su padre donde sembraban rosas. Caía la tarde ya, y ahí, entre el perfume impregnado de las flores y la vista extraordinaria del Iztaccíhuatl me amó.

Una vez me platicó que cierta noche en que su padre le pidió que fuera a buscar a una persona en lo más alto de su pueblo, al regreso se quedó mirando al cielo lleno de estrellas y pensó que,

aunque yo estaba lejos, había un camino invisible entre su casa y la mía y que, igualmente, nos cobijaba el mismo cielo y la luz de la misma luna nos cubría.

Gustavo no era tan romántico, así que cuando me dijo estas palabras alcancé a percibir la fuerza de su cariño, y al oírlas de sus labios me entraron unas ganas locas por besarlo. Yo sólo podía seguir queriéndolo.

Gozamos ese cuarto como seis meses. Ahí compartimos la angustia por saber si había pasado el examen para entrar a la Universidad de Tlaxcala. Cuando nos enteramos de que fue aceptado, tuvimos nuestra fiesta particular y le di su regalo favorito: yo.

Al lado del cuarto estaba un local donde elaboraban y vendían tamales. Algunas veces, cuando el hambre arreciaba después del ejercicio del amor, comprábamos tortas de tamal para calmar los ruidos del estómago, aunque casi siempre llevábamos algo nosotros.

Nuestro primer año juntos lo celebramos echando a volar la imaginación. Cuando empezó a ir a la universidad, yo ya no laboraba en la tienda, así que viajaba a San Martín sólo para estar a su lado.

Nada más bajar del autobús, me iba al cuarto a esperar que mi flaquito llegara de Tlaxcala. Pasábamos la tarde ahí, hasta que llegaba la noche, cuando Gustavo se iba para su casa en San Andrés y yo a Puebla.

Nuestra relación no era nada fácil. Invertíamos mucho tiempo y esfuerzo, pero entre esas cuatro paredes conocí el significado del amor total. Gustavo me adoraba cada día más, lo veía en sus ojos, lo sentía en su cuerpo. Una vez, acabando de hacer el amor, me abrazó fuertemente y comenzó a llorar.

—¿Qué te pasa, mi amor? ¿Por qué lloras?

—Por toda la felicidad que me das, preciosa. Porque quisiera detener el tiempo y que nunca se acabe esto —me respondió.

Jamás me habían amado de esa manera. Tuve miedo al darme cuenta hasta dónde había llegado lo que al principio fue un sueño,

una quimera. También para mí se había convertido en la razón de existir, en mi motivo para levantarme todas las mañanas.

Mientras el tiempo pasaba, yo intuía en el fondo de mi corazón que iba a llegar el día en que esta historia se terminaría, pero ya era imposible detenerme. Sólo quería seguir cobijándome en su cuerpo, recostarme en sus hombros y sentir el ímpetu de su pasión.

Tuvimos que dejar el cuarto porque se nos hizo muy difícil seguir pagándolo. Regresamos otra vez al desamparo de las calles, a la ansiedad del deseo insatisfecho...

V. TAN LEJOS Y TAN CERCA

Tu mano, tu mano
eternamente,
tu mano...

Pablo Milanés

Cuando Gustavo ya estudiaba en la Universidad de Tlaxcala, nos seguíamos viendo dos días a la semana. Casi siempre iba yo a esperarlo a que saliera de la escuela y paseábamos por las calles de la ciudad como si fuéramos turistas. Fue muy divertido ir conociendo librerías, tiendas, cafeterías, parques y jardines. En la tarde, mi flaquito me iba a dejar a Puebla y después se regresaba a su casa. Para alegrarle el corazón y que sus viajes se hicieran menos pesados le seguía escribiendo cartas.

28 de mayo de 1997

¡Hola, mi amor!

¿Quieres saber cuánto me gustas?
Me gustas más que mi café caliente en las mañanas.
Me gustas más tú que mis sábanas tibias (sin ti).
Me gustas más que unos chilaquiles rojos.
Me gustas más tú que una buena película en la tele.
Me gustas más que unos churros con chocolate, que una torta de tamal con atole.
Me gustas más tú que Ricky Martin y Luis Miguel juntos.
Me gustas más que un consomé de pollo, que unos tacos de carnitas.
Me gustas tú más que nadie en el mundo.
Tanto me gustas que hago cosas para gustarte a ti.
En vez de desayunar huevos con jamón, tomo leche con cereal.
En vez de cenar quesadillas de chicharrón, como fruta con café.
En vez de saborear papas con refresco, me como mi plátano con yogurt.
En vez de estar flojeando viendo la tele acostadita, la veo haciendo ejercicio.
¿Tienes alguna duda?
Yo creo que no.

Te amo.

No obstante, el temor al qué dirán era muy fuerte en esa época. Gustavo se animó a irme presentando con sus compañeros. Poco a poco se atrevió a decir no sólo que andaba con una mujer mayor, sino que además sosteníamos una relación de pareja. Aunque yo no le pedí que lo hiciera, supongo que quiso hacerlo porque no tenía caso ocultarlo, ya que me verían con frecuencia con él, no sólo en la universidad, sino en cualquier otro lugar, al ser Tlaxcala una ciudad pequeña.

Aquel muchacho tímido, inseguro, fue creciendo, transformán-

dose. Se dio cuenta de que, sin importar de dónde vengas, puedes lograr lo que te propongas. Su capacidad se fue imponiendo, su inteligencia le permitía ir resolviendo todas las dificultades que iban surgiendo.

Quizá no fui la única en advertir el hombre en que se estaba convirtiendo, pero sí la primera. La primera que lo amó, la primera que confió en él. Era yo quien lo alentaba a seguir adelante, la que le daba fuerzas cuando flaqueaba y la que lo felicitaba por cada triunfo, por muy pequeño que fuera. Junto a mí se volvió fuerte, seguro de sí mismo.

Ese año pasamos la Navidad juntos. Mis hijos estarían con su padre en San Martín. Entonces decidimos vernos allá como a las ocho de la noche. Fui a dejar a Rodrigo y a Lucía donde se quedarían y yo corrí a encontrarme con Gustavo.

Enseguida fuimos a alquilar una habitación en un hotel del centro. Subimos rápidamente e hicimos el amor. Ya más tranquilos, salimos a cenar unos tacos enfrente, en un puesto que frecuentábamos. Paseamos un rato y después regresamos al cuarto, Gustavo había llevado bebidas y botanas; así, sin lujos, sin fiestas, celebramos los dos solos. Disfrutaríamos toda una noche entera para nosotros, pero aun así nos faltaron horas, porque en la mañana, al salir del hotel y tener que despedirnos, la separación no dejó de ser dolorosa. No sé qué influjo nos afectaba con el tiempo, pero en vez de apaciguar el deseo de estar juntos, iba creciendo en forma desmesurada. Así me lo escribió en esta carta:

5 de enero de 1997

Hola, preciosa:

¿Sabes?, tengo miedo. Me doy cuenta de que empiezo a extrañarte con mayor intensidad, necesito estar cerca de ti para sentirme tranquilo

y eso no está bien, no para mí.

Extraño mucho tu cuerpo, tal parece que me he vuelto adicto a él, sabes que son muchas cosas las que me unen a ti, sin embargo, ahora me conformaría sólo con estar a tu lado.

No soy muy bueno escribiendo cartas, sucede que escribo en el orden que siente mi corazoncito, y éste no es muy ordenado.

¡Quiero que siempre sonrías, sí!

G. M. H.

Al cumplir dos años a mi lado, Gustavo quiso hablar con mis hijos de nuestra relación. Aspiraba a ganarse su confianza y a tener la libertad de venir a mi casa. Creo que tenía la necesidad de formar, de alguna manera, parte de mi familia. No pude negarme. Preparé una comida para ese día. Los nervios me dominaban, a pesar de que hacia un año ya que sabían lo de nosotros por mi boca, no era lo mismo que él les explicara sus razones.

Rodrigo, como era de esperarse, casi ni habló; en cambio Lucía trató de hacerle plática y de preguntarle cosas de su carrera de derecho. Mi abogado empezó abogando por él mismo. Y aunque la situación era tensa, creo que fue algo necesario.

El año de 1997 transcurrió entre viajes, libros y trabajos escolares. Se preguntarán qué había pasado con nuestra vida sexual, pues bien, al principio buscamos resguardo en un parque, pero sin llegar a nada, sólo a acariciarnos, junto a las miradas cómplices de otras parejas a las que no les importaba otra cosa más que darse cuenta de que el amor flotaba en el aire.

Quizás el hecho de vernos poco, y la necesidad de expresarle todo lo que se me quedaba guardado, fue lo que me hizo escribir tantas cartas, suficientes para un libro. Aquí transcribo una:

7 de agosto de 1997

10:50 p.m.

Para: Gustavo Munive Hernández

Hay veces en que la soledad me vence, me atormenta. Todas las noches me enfrento a ella y casi siempre logro superarla, pero en este momento daría lo que fuera por tenerte a mi lado, para recostarme en tu pecho, para sentir la seguridad de tus brazos, para oír una palabra de afecto. Quisiera poder dormir sin miedos, voltear y verte a ti. Pero no es así, y hoy la noche es tan larga que me gustaría que ya hubiera amanecido.

No quiero ser ejemplo de nadie, no quiero ser responsable, no quiero ser confiable, no quiero ser la madre de nadie ni la hija de nadie. Quiero ser libre y no sentirme culpable por amarte. Qué me importa la gente, si lo que me hace feliz eres tú.

Quiero ser para ti lo bueno y lo malo, tu cielo y tu infierno, tu esclava y tu dueña. Quiero que a mi lado rías y llores, fracasases y te levantes.

Donde estés te buscaré y te encontraré; como seas, te amaré.

Tuya, Guadalupe.

Cierta vez que salíamos de Tlaxcala, vimos un motel de aspecto modesto en el que alcanzamos a distinguir una pareja que entraba caminando. El letrero de lo que costaba la habitación no dejaba dudas. Podíamos pagarlo. Aunque tardamos en animarnos a entrar así, a la vista de todos, una tarde nos pudieron las ganas. No era tan bonito como el de Cholula, ni tan simple como nuestro cuarto mágico, pero tenía lo que nosotros precisábamos.

Ya conociendo el camino, cuando mi flaquito se estresaba mucho por sus exámenes, para aliviarlo un poco le decía: "Vamos al hotel, mi amor, para que te relajes", y una enorme sonrisa aparecía en su rostro.

En el siguiente año ocurrieron dos sucesos importantes: Elisa, la mayor de mis hijos, la que se había ido hacía algún tiempo, me pidió regresar a la casa cuando se dio cuenta de que vivir en otro lado y con otra gente no es tan fácil, y aunque nunca interrumpí por

completo la comunicación con ella, sí tuvimos una larga charla para intentar resarcir nuestros errores y aprender a conocernos de nuevo.

Mi hijo Rodrigo no tuvo ningún inconveniente; Lucía, aunque un poco resentida por la forma en que se había ido su hermana, sin avisar y sin despedirse, al final la aceptó. Al que no le cayó muy en gracia la noticia fue a Gustavo, que si bien estaba enterado de la existencia de Elisa, no la conocía. Afortunadamente para todos, se cayeron bien.

El otro acontecimiento fue que Gustavo y yo comenzamos un pequeño negocio de préstamos. Reuní una cantidad que luego él prestó con su respectivo interés a una persona de su pueblo. Poco a poco, sacando de aquí y de allá, fueron creciendo los préstamos. Eso nos unió más y me permitió cubrir los gastos extra que ya tenía.

El tiempo fue transcurriendo. Cuando íbamos a cumplir cuatro años, el 25 de julio de 1999, ahorramos para irnos a Cuetzalan, un pueblo pintoresco de la sierra de Puebla. Sería un viaje inolvidable, porque era el primero juntos, además de que estaríamos solos por tres días.

Tomamos el autobús en la Central. Todo nos parecía emocionante. El único inconveniente fue que me mareé por tantas curvas de la carretera, pero en la primera población en que se detuvo el camión, mi flaquito se apresuró a comprarme un helado. Más tarde, con el vaivén, me quedé dormida entre sus brazos. Al llegar al hotel y entrar al cuarto, inmediatamente hicimos el amor. Después salimos a comer y a informarnos sobre los lugares que podríamos conocer.

Fuimos a unas grutas increíbles, todavía agrestes. Nos metimos con otra pareja y la ayuda de un guía. Lo que vieron mis ojos fue tan sorprendente, que la profunda oscuridad del lugar, el ambiente húmedo y resbaloso, las estalactitas y las estalagmitas me hicieron creer, de repente, que estaba en otra época.

Salimos encantados, pero como el suelo estaba tan lodoso, me di una santa caída que me manché toda. Regresamos al hotel para que me cambiara de ropa. Me metí a bañar y, al momento, ya estaba

Gustavo conmigo, acariciándome, besándome, amándome. El deseo nos acometía en cualquier instante, no nos daba tregua.

Ese día me compró unos aretes y un collar de un hermoso color turquesa como regalo por nuestro aniversario.

También conocimos una caída de agua. Para llegar ahí, bajamos por un camino estrecho, lleno de plantas de café. El paisaje era precioso. Nos empapamos y nos divertimos. Por las tardes salíamos a recorrer las calles empedradas, que subían y bajaban, con sus casas de techos rojos, bajo un cielo nublado, con un chipichipi que igual que llegaba se iba, pero que dejaba en el aire un olor a tierra mojada. Ya en la noche cenábamos tlacoyos de habas en alguno de los puestos y nos tomábamos un delicioso café.

Pero llegó el domingo y debimos regresar, cargados de recuerdos, llenos el uno del otro. El vínculo amoroso se perpetuaba.

Como a los diez días de que llegamos, mi flaquito me escribió dos cartas seguidas, un acontecimiento sorprendente, ya que no era su fuerte. Él prefería las llamadas telefónicas. Aunque las dos fueron importantes, creo que ésta es más significativa:

3 de agosto de 1999

Hola, Lupita:

Creo que nunca antes había sentido tanto deseo de escribirte, de que sepas lo que siento, aunque sea a través de una carta.

En este instante tengo un maldito nudo en la garganta, quisiera que estuvieras a mi lado, sin tiempo, lugar, ni circunstancia. Tan sólo Tú y Yo, porque ya no puedo conformarme con algunas horas, unos días, no. Eso se ve tan complicado y difícil, que muchas veces, llorando, maldigo al tiempo, pues si tan sólo yo hubiera nacido antes, o tú lo hubieras hecho después, estaríamos juntos ya.

El deseo de compartir más cosas contigo crece cada vez más y eso me da un poco de miedo, pues no sé qué sea capaz de hacer. Tú sabes que hace un tiempo lo hubiera pensado, pero ahora tengo muchas

ganas de vivir a tu lado, y tienes razón al decirme que el amor no lo es todo, pues no me detendría por mis hermanos ni mis parientes, pero sí por mis padres que, tal vez, no lo entenderían ni aceptarían. Tú tampoco lo puedes hacer sin pensar en tus hijos. Pero no sé si estos obstáculos sean suficientes, pues el deseo de vivir contigo crece cada día más.

Se supone que debería estar contento de que aún sigas a mi lado, aguantando viajar para estar juntos, mis tonterías, enojos, borracheras, chistes malos, etcétera, pero, carajo, estoy muy triste, pues quisiera adelantar el tiempo para estar contigo, y detenerlo para que no se acabara el día.

Te amo tanto, tanto, que ya no puedo estar sin ti y sólo espero que tú sientas lo mismo.

Gustavo.

Yo le contesté así:

6 de agosto de 1999

Hola, mi chiquito lindo:

Gracias por seguirme amando, a pesar de todos estos meses, aunque quizá no sea la misma mujer que conociste aquella mañana del 15 de abril de 1994.

Juntos hemos sacado esto adelante, hemos tenido que perdonar, comprender, ayudarnos, pero sobre todo querernos, y aquí seguimos en el mismo barco. Hasta ahora el amor ha vencido, y creo que aún nos faltan muchas horas por vivir.

Te quiero a mi lado, necesito tenerte cerca, pero tengo mucho miedo de que lo que te ofrezco no sea suficiente para ti, no quisiera que algún día te arrepientas del tiempo que pasaste a mi lado.

Sé que nunca oiremos eso de que "hasta que la muerte los separe", sé que no habrá nada legal que nos una, pero sí una fuerza muy grande, la del cariño.

Aunque hace tiempo sentía nervios cada vez que iba a verte, no me hubiera sido posible pensar en vivir contigo; ahora que mi amor

es más tranquilo, me he dado cuenta de que se ha vuelto más fuerte, que me siento capaz de amarte plenamente, de aceptarte como eres ahora, con lo que conozco y con lo que intuyo.

Y usted, señor, ¿acepta a esta mujer como amiga, como novia, como compañera, como amante, aunque no sea rubia, ni tenga trencitas, ni use sombrero vaquero?

Te amo
Guadalupe.

VI. CAFÉ CON PAN

...en la noche lluviosa y sin techo
me esperaba el amor de mi vida
y las causas me fueron cercando
cotidianas, invisibles,
y el azar se me vino enredando
poderoso, invencible.

Silvio Rodríguez

Al poco tiempo de que regresamos del viaje, Gustavo me dijo que necesitaba hablar seriamente conmigo. Yo sabía que los horarios se complicaban, él empezaría el séptimo semestre y también su servicio social. Pensé que quería resolver cómo y cuándo nos veríamos.

Lo que no me esperaba era su propuesta. Quería rentar un departamento chico en Tlaxcala para no tener tantos contratiempos. Nunca olvidaré su rostro al decirme: "Ya probé lo que es dormir contigo, Lupita, ya no puedo hacerlo sin abrazarte. Me conformaré con tres noches a la semana. Si de verdad me amas, demuéstramelo".

Ya tenía armado todo un plan. Los lunes, después de comer con mis hijos, me iría a Tlaxcala, nos quedaríamos todo el martes, y el miércoles, temprano, él se iría a la universidad y yo de regreso a

Puebla. El jueves haría lo mismo, pasaríamos la tarde y la noche en el departamento, y el viernes por la mañana, cada quien a su destino.

En su semblante vi una mirada desesperada, con miedo. El tono de su voz era de angustia. Me dijo que si no aceptaba, entonces sería mejor terminar. Yo no sabía qué hacer, me daba miedo la convivencia. Una cosa es un viaje de tres días, y otra, lo que él me estaba pidiendo.

A estas alturas de la relación, ya no podía echarme atrás. Hablé con mis hijos y les dije lo que pensaba hacer. Me contestaron que no

me preocupara. Elisa ya estaba en la universidad y Rodrigo y Lucía en la preparatoria.

Encontramos lo que necesitábamos a la vuelta de su escuela. Tenía un cuarto, un comedor, un baño y un patio. Compramos lo indispensable, un colchón, dos sillas, una estufa y muchos huacales para acomodar la ropa, los trastes y la despensa. Lo que escogimos con cariño fueron dos tazas para café, que adquirimos en el puesto de una calle en San Martín.

Lo demás lo llevamos nosotros. Gustavo vino a mi casa por una pequeña mesa de jardín y llevó de la suya sartenes, platos y cubiertos. También sábanas y cobijas que su mamá le dio. Sólo a ella le había dicho que yo estaría a su lado.

Empezamos a comer juntos, a dormir juntos, a amanecer juntos. Esa época fue la más feliz de mi vida. Me convertí en su mujer, su compañera.

A veces, ni yo misma me acordaba de mi realidad. Una tarde cualquiera escribí este cuento:

11 de septiembre de 1999

LA PRINCESA ESCONDIDA

Hubo una vez una mujer que quiso engañar al mundo entero, quiso vivir una vida que no le correspondía, pero no le importó y decidió tomar prestados unos años. Durante ese tiempo ella no sólo conoció el cariño, sino que aprendió a ver la vida con los ojos de su príncipe, un muchacho alegre, inteligente, dispuesto a todo, pero también sensible y sincero. Y empezó a amarlo como nunca lo imaginó, su amor fue creciendo tanto que ya casi ni se acordaba de quién había sido. En su mundo prestado se creía una princesa, se veía joven, se sentía feliz y cada vez le costaba

más trabajo regresar a su mundo real.

Esa mujer convertida en princesa no quería salirse de ese mundo despreocupado, sin problemas, sin obligaciones, sólo viviendo para su príncipe. Ella quería estar donde él estuviera, ver lo que a él le gustaba, era feliz viéndolo feliz a él. Pero aunque pudo engañar a mucha gente, hubo alguien a quien jamás logró hacerlo: a ella misma.

Cuando la princesa se despedía de su amado, en el camino ocurría la transformación y se convertía en una simple mujer como muchas, con más problemas que soluciones, se sentía sola, cansada, sin esperanzas, y no porque no pudiera soñar, sino porque sabía que sus ilusiones nunca se harían realidad.

Lo malo de este cuento es que no tiene final, porque la mujer de esta historia no sabe cuánto tiempo más pueda tener a esa princesa escondida. Quizá se vea obligada a matarla, como se matan tantos sueños o, a lo mejor, la princesa decida salirse con la suya y se vaya volando a otro lugar...

Los lunes, al terminar de comer, hacía un itacate para mi flaquito y emprendía el viaje hacia Tlaxcala. Llegaba allá como a las cinco de la tarde, ponía música mientras esperaba a Gustavo —era nuestra única distracción—, le daba de comer y, al terminar, invariablemente, me pedía que me sentara sobre sus piernas. La limpieza podría esperar.

Si él tenía que estudiar, yo me distraía leyendo, o simplemente lo acompañaba. Sacábamos nuestras dos únicas sillas al patio, donde le gustaba repasar sus libros. Si no, salíamos a entretenernos a una plaza comercial que estaba cerca. Si contábamos con dinero, cenábamos en la calle, pero casi siempre comprábamos pan y nos íbamos a la casa a merendarlo con café.

Nos bañábamos en la noche porque había que calentar el agua en la estufa. Era un martirio para mí, ya que soy muy friolenta. Además, el baño estaba afuera, así que al llegar a la cama, me metía temblando, mientras mi flaquito se apresuraba a darme masajes para que entrara en calor. Dormíamos abrazados toda la noche.

En la mañana me paraba temprano a darle de desayunar. El menú no era muy variado. A veces huevos y café, pero la mayoría de las veces cenábamos y desayunábamos sólo café con pan.

Aún hoy, cada vez que tengo una taza de café en mis manos, al impregnarme de su aroma me remonto al preciso instante en que lo tomaba junto a Gustavo, y vuelvo a sentir su presencia. Se me figura que el tiempo lo jala de donde esté para traerlo a mi lado.

No podíamos comprar comida que necesitara conservarse, pues no teníamos refrigerador. Iba a comprar al mercado bisteces o pollo para el día y pasaba por arroz y frijoles a una cocina económica. Ponía la mesa, lo esperaba y comíamos juntos.

El miércoles, después de desayunar, él se iba. Entre tanto, yo me quedaba a levantar y lavar los trastes. Guardaba mis cosas para irme a Puebla.

Todo parecía perfecto, a pesar de los viajes, de las incomodidades, de no tener casi nada. Fueron los días más bellos, porque al salir a caminar en la noche sabíamos que no tendríamos que separarnos, que nada nos apuraba, que llegaríamos a un lugar nuestro. Eso, eso era la gloria.

Al llegar diciembre decidimos pasar la Navidad ahí. Festejamos con una pizza, refrescos y muchas, muchas caricias para calmar el condenado frío que hacía.

Nos sentíamos tan felices que, de vez en cuando, le compartimos el departamento a un compañero de Gustavo y su novia: Esteban y Madeline. Mi flaquito les daba sus llaves cuando no estábamos, pero cierta vez hubo un malentendido y casi nos agarran con las manos en la masa. Cuando oímos que querían entrar, me puse nerviosa, pero Gustavo no estaba dispuesto a interrumpir nuestro ajeteo sexual y con voz agitada me decía: “No te preocupes, mi amor, cerré por dentro. Por favor, tú sigue”. Y yo seguía, seguía...

Casi sin sentirlo, habíamos llegado al año 2000. Gustavo ya estaba en octavo semestre de derecho. Después de un enojo, que ya ni recuerdo qué lo motivó, pero que para él debió ser muy importante,

me escribió esto:

Gustavo Munive Hernández vs. Guadalupe González López

CIUDADANO JUEZ DE CONTROVERSIAS AMOROSAS EN TURNO DE LA CIUDAD DE PUEBLA

Gustavo Munive Hernández, promoviendo por mi propio derecho y con la personalidad que tengo acreditada dentro de la citada relación, y señalando como domicilio para oír toda clase de notificaciones personales la casa marcada con el número 4 de la calle Allende de la población de San Andrés Hueyacatitla, municipio de El Verde, autorizando para que en mi nombre lo reciba el C. CORAZÓN del suscrito, ante Usted, con el debido respeto comparezco y expongo:

Que vengo por medio del presente escrito a promover por la vía de jurisdicción voluntaria QUEJA E INCONFORMIDAD DE CONDUCTA, en contra de la C. GUADALUPE GONZÁLEZ LÓPEZ, a quien señalo como domicilio para ser emplazada legalmente el ubicado en la casa marcada con el número [ya no me acuerdo] de la calle 7 sur de la ciudad de Puebla, de quien reclamo lo siguiente:

Prestaciones:

- a) Que declare que soy legítimo propietario de su corazón.
- b) Se condene a la C. Guadalupe González a la entrega de su corazón con todos sus frutos y accesorios.
- c) Que se obligue a la C. Guadalupe González al pago de daños y perjuicios causados con su conducta inflexible e intolerante hacia mi persona.
- d) Que se aperciba a la C. Guadalupe González a que cambie su conducta y actitud, manteniéndola permanentemente, de lo contrario, hacer efectivos los medios de apremio conducentes.
- e) Que se le condene al pago de los gastos y costas que originen las llamadas telefónicas y pasajes en transporte, hasta que se arregle la situación.

Fundándome al efecto en los siguientes puntos de hechos y consideraciones de carácter legal.

HECHOS

1) Que desde el 25 de julio de 1995 la C. Guadalupe González López y el suscrito Gustavo Munive Hernández hemos mantenido una relación sentimental, dando como resultado un profundo amor.

2) Que durante todo este tiempo los dos hemos estado satisfechos de la relación entablada tanto sentimental, física y recreativa.

3) Es el caso que desde un tiempo hacia acá, la C. Guadalupe González ha manifestado estar inconforme con el aquí actor Gustavo Munive, tomando una conducta distinta, que nos lleva a irritarnos frecuentemente, pero que en el fondo, sabemos ambos, son producto de las circunstancias.

4) Su TEMERARIA E INFUNDADA conducta me duele bastante, ya que aunque ha sucedido en otras ocasiones, nunca había tenido tanto temor, pues ahora presiento que ya está dejando de quererme, ella, que tantas veces prometió ser mía y sólo mía.

Cómo explicarle que no es tan fácil para mí verla triste y afligida, sin que mi terquedad por hacerla reír nos lleve a un nuevo enojo; cómo decirle que la amo tanto, tal vez más que hace algún tiempo, que ahora soy yo el que suplica que me diga que me quiere, que necesita verme, que no puede estar sin mí y que no quiera marcharse.

Cómo explicarle que el problema radica en que ella, como todos los adultos, no creen en mí por ser tan joven, y ello da origen a que no me dé mucha importancia. Siempre dice que no entiendo sus problemas, pero por qué no, porque soy joven, ¿acaso ése es un impedimento?, tal vez sí, pero entonces, ¿por qué si ella es mayor que yo no entiende mi conducta?

Acaso será necesario expresarle que en ningún momento he querido competir con sus hijos, sino sólo tratar de ser igual de importante en su vida, como lo es ella en la mía.

Me ha propuesto que terminemos, ¿cómo hacerlo?, ¿acaso se pueden arrojar a la basura cuatro años de estar juntos? Pero siempre hemos mantenido la esperanza, porque de ella vive nuestra relación. Sí,

de esperanza, hasta nos hemos atrevido a hacer planes, ¿cómo olvidar tan fácil esto?

Dígale, por favor, C. Juez, que ella está dentro de mi corazón, que por favor nunca deje de quererme porque no sé vivir sin ella.

Sólo agregó que las imputaciones que hace en mi contra, SON FALSAS DE TODA FALSEDAD, ya que, como mencioné anteriormente, me conduzco guiado por el corazón antes que por el cerebro, siendo mis actos producto del inmenso amor que siento por la C. Guadalupe González López.

DERECHO

1) Me asiste el derecho creado estos cuatro años de amor a su lado.

2) La jurisprudencia núm. 4521, tomo cuarto, México, D. F., 1999. Del hombre: "El hombre es el ser superior a quien se le ha encomendado la dirección de todos los seres que habitan la Tierra para que cumplan su finalidad", Semanario Judicial, 860, 12 de diciembre 1999.

Por lo anteriormente expuesto y fundado a usted, Ciudadano Juez, atentamente pido:

Primero. Acordar de conformidad lo anteriormente solicitado.

Segundo. En su oportunidad y previo los demás trámites de ley, dictar sentencia condenando a la C. Guadalupe González López, EN TODAS Y CADA UNA DE LAS PRESTACIONES RECLAMADAS.

Tercero. Disculpar la letra, pues usted entenderá que el presente se escribió en la noche y en un estado de tristeza y llanto.

Protesto a usted lo necesario

San Andrés Hueyacatitla, El Verde, el 14 de enero de 2000

Gustavo Munive Hernández

PD. Estoy pensando denunciarte por ROBO DE CORAZÓN en agravio de Gustavo Munive y en contra de Guadalupe González y quien o quienes resulten responsables.

Sobra decir que después de esta carta lo amé todavía más. Si bien

las peleas antes eran por la frustración de un abrazo no dado, por la angustia de los días que tendrían que pasar hasta volver a vernos, por el disgusto de las despedidas, ahora la paz inundaba nuestros co-razones, la dicha no se iba. Se instaló a vivir con nosotros.

Éramos libres para amarnos a cualquier hora, para explorar cada rincón de nuestros cuerpos, para palparnos cada pedazo de piel. Aprendimos la caricia perfecta, el lugar exacto para gritar de placer, mi boca se perdía entre sus piernas, nos bebíamos el néctar de la pasión.

Me miraba en sus ojos, conocía cada gesto de su rostro, cobijaba sus angustias, percibía los nervios en sus manos y conocía la alegría en sus labios. Íbamos de la ternura al placer y del placer a la ternura.

Si la vida me debía algo, me lo pagó con creces. Gustavo me demostraba su amor de todas las formas posibles. Tuve la dicha de tocar el cielo tantas veces, que ni yo me lo creía. No es que fuera el mejor de los hombres, pero hacía mil intentos para que mis ojos lo vieran así.

Resolvimos dejar el departamento en junio, pues el último año de Gustavo en la universidad lo estudiaría por las tardes. Supe que se traía algo entre manos, pero no me lo quiso decir.

VII. CASI UNA FAMILIA

...no me tienes que dar porque te quiera
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Miguel de Guevara

Supe qué era lo que Gustavo me estaba ocultando. Había conseguido trabajo en Huejotzingo, en el Sistema Operador de Agua Potable, pero me lo dijo cuando le pagaron su primer sueldo. Lo primero que hizo fue invitarme a comer a un buen lugar. Trabajaba en las

mañanas y estudiaba en las tardes.

Habíamos llegado a un punto en que, aunque mi flaquito ya contaba con dinero, estaba ocupado todo el día. Nos veíamos como podíamos; a veces iba a comer con él a Huejotzingo, antes de irse a Tlaxcala. Si salía temprano de la escuela, venía a verme, pero sólo unos momentos, ya que tenía que regresar a su casa y no podía irse tan noche.

Con tanto tiempo libre, tomé la decisión de poner un negocio. Busqué varias opciones y lo que creí conveniente en ese momento fue un café internet. Hice algunos cambios en la sala de mi casa para que tuviera acceso directo a la calle y me aventuré en el camino de los emprendedores. Mis hijos me ayudaban a atenderlo. Fue una experiencia que nos unió como familia y de la cual aprendimos todos. No sólo de computación, sino a tratar a la gente, a ser más amables, a cooperar para sacarlo adelante.

Sin embargo, Gustavo ya no era el muchacho que se conformaba, era un hombre que empezaba a tener otras necesidades y a exigir las. Otra vez tomó la iniciativa. Quería vivir conmigo en mi casa —dedujo que yo no me iría de lleno con él a otro lugar—. Otra vez, acepté.

Volvió a hablar con mis hijos. Un día lluvioso de septiembre del año 2000 llegó a instalarse en el único lugar que no lo había hecho. Porque en mi vida y en mi corazón hacía mucho tiempo que estaba metido hasta el cuello.

Así comenzamos una existencia tan singular, tan incomprensible a los ojos ajenos. Al principio no fue difícil, quizá porque todos ponían

de su parte para que la convivencia fuera agradable.

De un tiempo atrás, el padre de mis hijos les daba una despensa semanal y la traía a la casa los sábados en la noche. Como metía todo en huacales, entraba hasta la cocina y se esperaba hasta que los desocuparan para llevárselos. Las veces que se encontraron frente a frente, Gustavo y él, el ambiente era tan tenso que se podía cortar el aire con un cuchillo. Si las miradas mataran, juro que ninguno de los dos estaría ya en este mundo.

A mí me costaba mucho trabajo manejar la situación. No supe hacerlo bien. Por un lado, no quise impedir que el padre entrara a la casa en un intento por resarcir a mis hijos por su ausencia y por la presencia de Gustavo. Por otro, lastimaba a Gustavo, quien llegó a decirme que le golpeaba en el rostro todo mi pasado. Pero el amor era todavía más fuerte que el resentimiento.

En noviembre de ese año, después de más de cinco de estar juntos, por fin conocería a su familia. Gustavo había hablado con ellos y les preguntó si podía llevarme a la fiesta de su pueblo. Ese día, 30 de noviembre, a pesar de ser muy ajetreado, mi flaquito —que ya no lo estaba tanto— fue a traerme a San Martín para llegar juntos a su casa. Aunque todos se portaron educados y me saludaron, sé que el impacto fue grande. Sin embargo, Gustavo se encontraba verdaderamente feliz, su luminosa sonrisa le aparecía de nuevo.

Después de la presentación, me llevó a su recámara para que guardara mi bolsa y mi chamarra. Al salir del cuarto, para calmar un poco mis nervios, me puse a observar todo. Los cuartos, uno junto al otro, a un lado el baño, enfrente del patio donde estábamos sentados, la cocina.

Atrás, bajando un poco, un área techada donde estaban las ollas con el mole, las cazuelas con arroz, el caldero con la sopa. No me

imaginé en ese momento que, en ese lugar, habría de compartir tantas veces el pan y la sal con su familia, los tlacoyos que Natalia, su madre, hacía con tanto esfuerzo y cariño al calor de la leña. Hasta el fondo de la casa había un gran árbol de nogal que después derribaron, pues ya estaba muy viejo.

Después de la comida, en la tarde, nos fuimos a la feria y compré dos anillos de plata, sin fecha y sin nombres, de esos que se venden en los puestos. Me llevó al atrio de la iglesia, nos los pusimos, me abrazó fuertemente y me dijo: “Mi amor, en estos momentos no me cambiaría por nadie. Soy el hombre más dichoso de la Tierra. Te amo tanto, tanto, preciosa —y me dio un beso muy largo, profundo. Después, más sosegado siguió hablando—: Lupita, no te imaginas cuánto había soñado con esto. Tú y yo aquí, en mi pueblo, en mi casa, con mi gente, quisiera que la noche se volviera infinita...”

Esperamos a propósito que oscureciera, pues quería que me quedara a dormir en su cuarto. Le preguntó a su papá si podía hacerlo, poniendo de pretexto que yo quería ver los fuegos artificiales, y creo que no le quedó más remedio que aceptar.

Lo que su papá no sabía era que ya habíamos disfrutado de otra clase de fuegos, y no precisamente artificiales, pero creo que lo percibió. Gustavo había limpiado su cuarto y puesto sábanas limpias para hacerme sentir bien. A las dos semanas me dio esta carta:

13 de diciembre de 2000

Querida Lupita:

No cabe duda de que me he acostumbrado a ti. Te he preguntado muchas veces si es malo, si es malo sentir por las noches tan grande la cama y saber que falta tu cuerpo junto al mío, buscarlo y no encontrarlo, para abrazarlo por la espalda, apretándolo fuertemente hacia el mío, despertar y besar tu mejilla, entre dormida, resultando una sonrisa de gusto y alegría en tu cara.

Te amo
Gustavo.

Esa Navidad la pasamos los dos solos en mi casa, mientras mis hijos cenaban con su padre. Elisa se había ido a México con mis hermanas.

El año nuevo estuve con mis hijos, pero sin Elisa, que no había llegado del Distrito Federal. Me llamó por teléfono para decirme que vendría a recoger sus cosas, pues hacia tiempo había conocido a alguien —por internet— y había decidido irse a vivir con él. Le dije que por favor lo pensara, que se diera tiempo para conocerlo, pero no quiso oírme. Los hijos no son nuestros, son hijos de la vida. Quizá le causé daño al mostrarme como mujer cuando ella sólo necesitaba una madre y resolvió alejarse nuevamente. O, a lo mejor, eso espero, sólo ansiaba volar con sus propias alas.

Acaso tenía que empezar a pagar por encontrar en los brazos de un hombre más joven tanta felicidad. No lo sé, pero yo iba por ahí, repartiendo mi corazón, tratando de dar lo mejor de mí y rearmando todo lo que se rompía.

Al poco tiempo de haberse ido mi hija, tuve un sueño en el que estaba atrapada dentro de la tierra y luchaba con mis manos y mis uñas para salir a la superficie, pero mientras más rascaba, más me hundía. De pronto sentí que me jalaban fuertemente. Era Gustavo, que me despertó al oír mis quejidos. Me abrazó con ternura, me dijo que por favor me tranquilizara, que él estaba ahí y que me cuidaría toda la noche.

Ahora sé que también a Gustavo le causé heridas difíciles de olvidar. En el cumpleaños de Rodrigo organicé una fiesta para él y sus amigos. Su papá vino a dejarle el pastel y mi hijo lo invitó a pasar. Gustavo estaba en la casa, por lo que le pedí que permaneciera en la habitación, que por favor me entendiera y me ayudara con eso.

Jamás olvidaré su rostro cuando subí a llevarle la cena. Un ros-

tro que denotaba rabia, tristeza, pero, sobre todo, dolor. No me dijo nada. Yo bajé y lo único que quería era que todo terminara para ir al lado de Gustavo... explicarle, pedirle disculpas... nunca imaginé el daño que le ocasioné.

A pesar de todo, me seguía amando. Y yo también formaba ya parte de su vida cotidiana. Me había presentado con su jefe y sus compañeros. Asistíamos a algunas reuniones como pareja. Ese año nuevo fue el primero que nos quedamos en su casa. Ya toda su familia había tenido que aceptarme.

Al llegar el año 2002, nos hallábamos más tranquilos. Yo había hablado con mi ex esposo para pedirle que cuando fuera a ver a sus hijos, tocara el timbre y los esperara afuera. Además, les daba va-les para que fuéramos por la despensa.

Mis hijos y unos amigos de ellos me acompañaron a celebrar la fiesta de su pueblo, en casa de Gustavo, pues él los había invitado también. Lucía y yo nos regresamos a Puebla, pero Rodrigo y sus amigos se quedaron para seguir la juerga, trayendo interesantes anécdotas.

Hacía muchos años que yo no iba al médico, pero después de empezar a sentir unos dolores inusuales fui con la ginecóloga. En la consulta me detectó unas bolitas en el pecho y me mandó a hacer una mamografía. Gustavo estaba juntando dinero para dar el enganche de un auto, pero cuando esto ocurrió, me dijo que no me preocupara, que estaría conmigo, que de ser necesario se haría cargo de todo.

Recuerdo bien que el día de mi santo —12 de diciembre— fui por los resultados. De ahí me pasé a ver a la oncóloga que, por cierto, también se llama Guadalupe. Me revisó exhaustivamente y, al final, me dijo que no era cáncer. Nos dimos un abrazo felicitándonos mutuamente.

Esa Navidad celebramos en mi casa, él, mis hijos y varios amigos. Fue un festejo especial. Di gracias por estar bien, porque aun si la muerte me hubiera llamado, me hubiera ido llena de amor. También la pasamos juntos en Año Nuevo, pero en esta ocasión en su casa.

El 3 de marzo del año siguiente, día de su cumpleaños, no fue a trabajar y nos dedicamos a pedir información sobre el coche que se compraría. Al mes siguiente lo acompañé a la agencia cuando le entregaron su auto. En la noche compró refrescos y carne para tacos. Cenamos para compartir un logro más de mi flaquito. Me sentí muy orgullosa de él. Sin embargo, creo que algo cambió en él desde que tuvo coche. Aunque las distancias se acercaban, yo lo empezaba a sentir cada vez más lejano.

Los sentimientos se enredaban y el tiempo no se detenía...

21 de agosto de 2003

Flaco:

Sé que estás pasando por un mal momento, que tienes muchas dudas y miedos. No puedo decirte nada porque ya no me escuchas, porque ya no necesitas nada de mí.

Por si se te ha olvidado, te lo vuelvo a escribir: ¡te amo! Me enamoré de ti por tu sensibilidad, por tu ternura, por tu bondad, por tu ingenio, por tu capacidad de sonreír, por todo lo bueno que tienes. Pero también acepto tu lado oscuro, conmigo no tienes que fingir nada, así te amo, como eres, mi amor por ti será el más libre que tengas, yo no te juzgo, yo te quiero.

Todavía siento muchas cosas cuando oigo tu voz, cuando te veo, cuando me abrazas y, aunque estamos tomando tiempo extra, mi corazón, mi mente y mi cuerpo quieren estar a tu lado.

Por favor, flaquito, trata de buscar dentro de ti al Gustavo de antes, te aseguro que estaría orgulloso de tus logros, no sabría por qué no los disfrutas, por qué no te sientes feliz.

Eres el mejor hombre que he conocido, no estés al acecho de tus defectos. Sé que tú puedes salir adelante, pero si necesitas un abrazo, sólo pídemelo.

Te amaré siempre
Guadalupe.

Un acontecimiento cambió nuestras vidas. Elisa iba a tener un hijo a finales de agosto. El hecho de que yo iba a tener un nieto fue algo superior a sus fuerzas, algo contra lo que Gustavo ya no pudo lidiar. De momento la realidad lo venció. No pudo soportarlo.

Me fui a México para estar con mi hija, pues le había prometido ayudarla. Qué difícil pensar que esa alegría fuera también motivo de tanto resentimiento. Tampoco yo sabía qué hacer, por eso, antes de irme, le di esta carta, sabiendo de antemano que él tendría que tomar una decisión.

24 de agosto de 2003

Para ti, Gustavo:

Aquí estoy, otra vez escribiéndote, como antes, pero no es así, porque cuando empecé a hacerlo fue a causa de que no teníamos tiempo para platicar, o al menos así nos parecía. Por eso tantas palabras, tantas cartas para sentirme un poco más cerca de ti. Ojalá pudiera decir lo mismo ahora, pero nunca se puede volver al ayer.

Hoy me doy cuenta de la realidad, el tiempo no perdona, y aunque todavía puedo dormir contigo, tenerte a mi lado, a veces siento que tu mente ya no está conmigo. Ya no me miras como antes. Eso es más difícil que no tenerte.

No quiero pedirte un abrazo, un beso, mucho menos un "te quiero". Si soy la causante de tu fastidio, de esa molestia en tu rostro, de verdad, flaco, puedes irte. No seré yo quien detenga tus ansias de co-merte al mundo.

Espero que encuentres lo que te haga feliz y lo sepas defender. Te doy las gracias por haberme amado, por las veces que reímos y por las que lloramos juntos. Por todo lo que aprendí de ti.

Guadalupe.

A pesar de todo, se quedó a mi lado. Se acercaba mi cumpleaños y mi flaquito me preparó una gran sorpresa. Llegué a Puebla el 4 de septiembre en la tarde. Sin que lo supiera, me estaba esperando. Al otro día me dijo que ya tenía preparado mi regalo. Nos fuimos cerca de San Martín, a una cabaña que previamente había alquilado para el fin de semana. El paisaje era hermoso. Estaba en-clavada en medio del bosque. En la noche nos llevaron leña para encender la chimenea. Hacía mucho frío y caía una ligera llovizna, pero mi cuerpo estaba ardiendo. Pusimos dos sillas frente al calor del fuego y con el embrujo de sus besos, nos hicimos el amor.

Dicen que nada dura para siempre y, a veces, mientras más brillante sea la luz del día, la negra noche se va acercando. Gustavo, mi Gustavo, estaba cambiando. Sus ansias por tener un hijo y formar su propia familia iban creciendo cada día más. Lo que yo le ofrecía ya no le bastaba. Soñaba con su futuro, con todo lo que deseaba tener. Se me estaba yendo de entre las manos y no podía impedirlo. Se debatía en los remolinos de su corazón, y a veces se adueñaba de él un hombre que yo no reconocía.

Empezó a atormentarme con preguntas de mi pasado, de mi matrimonio. Se le fue convirtiendo en obsesión saber qué tan satisfecha había sido mi vida sexual. Comencé a sentirme atacada e intenté defenderme, pero no supe cómo ni por qué.

Esta vez, en la fiesta de su pueblo, no fui sólo como invitada, sino que fungí como la mujer de Gustavo, atendiendo a su jefe, compañeros de oficina y a sus amistades. Hacía tiempo que yo participaba en todos los festejos de su familia, desde cumpleaños, bodas, nacimientos, etcétera.

Ese hilo invisible que nos había unido siempre se iba adelgazando a fuerza de extenderlo durante los ocho años y medio que llevábamos juntos. Mientras Gustavo resplandecía, a mí cada día me costaba más esfuerzo desviarme de mi edad. El tiempo me estaba acorralando.

Llegaron las fiestas navideñas, las posadas, el ponche, los regalos,

las piñatas. Como ya era costumbre, cené con mis hijos en esa fecha.

VIII. AL FINAL, LLEGÓ EL FINAL

Qué difícil es pensar que esto es todo
y que nada nos quedará
y que aquellos instantes del amor
tan sólo fueron eso:
los instantes en que
el tiempo se paraba
(y se paraba, en aquellos instantes se paraba).

Jomi García Ascot

El 31 de diciembre de 2003 celebramos en su casa, Gustavo estaba muy contento. Cuando dieron las doce, me abrazó muy fuerte y me dijo: "Otro año juntos, Lupita. Gracias por seguir conmigo, mi amor". Pude sentir que él todavía me amaba.

El fin de semana siguiente nos fuimos de viaje a Tepoztlán, en un intento por creer que todo seguía igual, pero, en el fondo, yo sabía que éste sería nuestro último año. Él ya no reía como antes, su rostro se había endurecido un poco. Ya no podía retenerlo junto a mí. Sus ansias de volar eran cada vez más fuertes. Sé que me amaba, pero, a veces, el amor no es suficiente. No cuando va en contra del desarrollo natural de la vida, de su vida, de su futuro. El hijo que no tuvimos se comió mis entrañas, venció mi corazón y me vino a cobrar una factura muy alta, tan alta, que ya no pude pagarla.

La amargura se iba apoderando de nuestras vidas. Sus reproches eran cada vez más frecuentes, aunque luego me pedía perdón y llorábamos juntos. Así estuvimos hasta el 10 de febrero. Ese día la pelea fue más agria que de costumbre. Le pedí que se fuera. Él no dijo mucho y se marchó.

Con el transcurso de los días la soledad era insoportable. El día

3 de marzo —su cumpleaños— le hablé para felicitarlo. Co-mimos juntos. Sin embargo, no pudimos recuperar la alegría, volvimos a despedirnos.

A principios de abril comenzó a llamarme. Me preguntaba cómo estaba, me decía que no podía dejar de pensar en mí. Me mandaba mensajes a mi celular... Hubo uno que recuerdo muy bien, por el cual regresé con él: "Tú eres la única mujer en mi corazón. Déjame regresar a tu lado".

Para finales de ese mismo mes, regresamos. El viernes 30 de abril nos fuimos de viaje a Oaxaca. Él siempre quiso conocer el estado donde nació. Se portó muy cariñoso y amable durante todo el viaje. Fuimos a visitar las ruinas arqueológicas y los sitios turísticos. Recuerdo que me dijo una frase que me encantó: "Tú vienes conmigo, Lupita, no te preocupes por nada".

El domingo 2, en la noche, ya estábamos en mi casa. Nos duró poco el gusto, pues el 8 de junio él decidió irse. Esta vez creí que la separación sería definitiva porque Gustavo así lo había resuelto. Quise pedirle que se quedara, que no me dejara, pero permanecí inmóvil, paralizada.

Poco tiempo después le di esta carta:

Gustavo:

Espero que ésta sea la última carta que te escriba, aunque todo mi ser me grita que te amo. Sé que lo sabes, pero prefieres ignorarlo. Ahora ya no encajo en tus sueños. Adelante, Gustavo, me hago a un lado.

Tengo una profunda tristeza porque se termina lo más importante, lo más bello de mi vida. No te buscaré, no te veré, y quizá pueda rescatar mi persona, porque sólo miraba por tus ojos.

Hace tiempo que decidiste ir por un camino distinto al mío y no puedo reprochártelo. Te pido disculpas por todo lo que tuviste que soportar para estar a mi lado, supongo que fue muy difícil para ti. De mi parte sólo diré que te amé profundamente.

Al final quiero darte las gracias por esos años maravillosos, por haberme permitido ser parte de tu vida, por ese hombre extraordinario del que me enamoré, por todas esas noches que me hiciste tan feliz, por esos amaneceres junto a tu cuerpo, por las flores con que llenabas mi casa y mi corazón, por todos los detalles, gracias.

Guadalupe.

Para no pensar tanto en él y estar ocupada, me metí a trabajar en el Instituto Federal Electoral el 16 de ese mes. Al otro día, en la noche, sonó el teléfono. Era Gustavo. Su voz se escuchaba rara y, como siempre, me decía que no podía dejar de pensar en mí, que me extrañaba.

Yo estaba cenando en la cocina con mis hijos y sólo atiné a decirle que ese día había comenzado a trabajar. Él se puso muy contento y me felicitó. Cada vez que oía su voz, mi corazón se ale-graba.

Hace mucho que tenía la certeza de que Gustavo era el amor de mi vida, que lo amaba por encima de todo, con sus aciertos y sus errores. No sería yo quien lo detuviera. Al contrario, quise verlo feliz, porque él me había dado algo que no tiene precio: su amor, su juventud, su cariño y su dedicación.

Más de mil noches durmió conmigo, más de mil días despertó a mi lado. Hicimos el amor de todas las formas posibles en todos los lugares posibles. Fui todo para él, su amiga, su amante, su mujer.

El 30 de junio me encontraba en casa cuando sonó el timbre. Fui a abrir y ahí estaba él de nuevo. Me preguntó si podía pasar. Entró y empezó a hablar, a decirme todo lo que sentía. Yo sólo lo escuchaba. Me tomó de la mano y me rogó que lo volviera a amar —como si hubiera podido dejar de hacerlo—; me abrazó, y mi cuerpo, al sentir otra vez esos brazos tan queridos, no quiso obedecerme. Cansado de tanta tristeza, se aprisionó al suyo. De repente él se agachó y, apretándome las piernas, empezó a llorar, pidiéndome perdón:

—¿Perdón de qué? —le pregunté.

—Estuve con otra —me contestó.

Me quedé fría, comencé a temblar y también lloré, por él, por mí, por las trampas que nos pone el tiempo, por todo lo que le di y por lo que no pude darle. Nos aferramos los dos a este amor como a un clavo ardiendo, como dos locos que no sabían vivir separados, pero tampoco juntos. Quisimos bebernos hasta la última gota de

una pasión que parecía no tener límite. Sin fuerzas, nos quedamos así mucho tiempo.

Volvimos a dormir juntos, pero algo se había roto: la confianza, la mía. Sé que él quiso probar otro cuerpo más joven. Nuevamente me sentí vulnerable cuando me miraba, cuando me tocaba, a pesar de sus esfuerzos por hacerme sentir bien.

Un día, parada desnuda frente al espejo, me tocó los senos. Le dije que no tenía que hacerlo, que no eran los de antes. Él se puso detrás de mí, siguió acariciándome y contestó que seguían siendo bellos, que no tenía que envidiar a nadie. Me abrazó y me hizo el amor despacio, lentamente dibujó mi cuerpo con su boca, sin dejar un solo resquicio. Me llevó hasta el cielo otra vez.

Llegamos al 25 de julio. Cumplíamos nueve años. Fuimos a cenar, pero ya no hubo regalos ni juramentos que cumplir. Los días se sucedían, unos mejores que otros. Hubo noches en las que mientras Gustavo dormía, yo me quedaba mirándolo, intuyendo que quizás mañana ya no podría verlo.

Pasamos juntos mi cumpleaños, el de su padre. Estuvimos en su casa el 15 de septiembre; al otro día asistimos al desfile en el que marcharon sus sobrinos. Tomamos fotos. Parecía que todo estaba bien, pero la realidad era otra. Me di cuenta de que a veces le llegaban mensajes a su celular. Una vez le pregunté quién era y me respondió: "Alguien sin importancia". No quise indagar nada más, no por miedo, simplemente había aceptado llegar hasta el final.

La fiesta de su pueblo se celebra el 30 de noviembre. Cayó en martes. Llegué a su casa temprano para ayudarlo. Alquilaban mobiliario para unas sesenta personas. Limpiamos las sillas, colocamos las mesas y les pusimos los manteles. Esperamos a la gente que llegaba desde las dos de la tarde hasta ya entrada la noche.

Gustavo tenía que atender preferentemente a sus invitados, pero también le echamos una mano a su familia cuando se juntaron muchas personas. En la noche todos acabamos exhaustos. Me quedé a dormir en su casa porque al otro día seguía la fiesta, además de

que era el cumpleaños de su madre, Natalia. A ella no le gustaba que la festejaran, pero esa noche le llevaron mariachis, todo mundo nos pusimos a cantar, bailar y hasta a llorar. Fue algo muy bonito, inolvidable.

Por festejos no paraban en su casa. El día de mi santo, 12 de diciembre, también era la festividad en Tlacotepec, donde vivía una de sus hermanas. Nos fuimos en bola con toda su familia a cumplir en varias casas la invitación. Terminamos tan noche que nos quedamos en su casa a dormir. Al otro día lo dejé en el trabajo y me fui a Puebla.

La Navidad llegó. Gustavo la pasaba con su familia y yo con la mía. El jueves 30 estuvimos viendo la tele como muchas tardes. Llegó la noche. No sabía que sería la última que pasaría en mi casa. Al día siguiente, el último del año, nos levantamos y, mientras él se bañaba, yo bajé a hacerle el desayuno. Después subimos a la recámara, él se lavaba los dientes. En ese momento le llegó un mensaje y noté que se inquietó. Salimos juntos y más tarde pasé por él para irnos a su casa, donde festejaríamos el Año Nuevo.

Nos enfilamos para su pueblo, pero nos detuvimos en San Martín para comer. Estábamos alegres. Antes de la cena encendieron una fogata para soportar el frío, pusieron música. Dieron las doce... otra vez los abrazos, otra vez los deseos: "Que tengas un feliz año", es lo que todos me decían. El frío de mi cuerpo auguraba otra cosa.

Primero de enero de 2005. Nos levantamos tarde, fuimos a comprar tamales y atole para desayunar. Habían encargado barbacoa en San Martín para la comida. Gustavo y yo fuimos a traerla en una camioneta. Se tardaron en entregárnosla, tanto, que cuando llegamos a su casa todos se morían de hambre.

Empezamos a comer, luego vinieron las cervezas, y fue entonces cuando ocurrió lo de los limones. Fui a la cocina y vi el celular de Gustavo encima del refrigerador. Lo tomé y me puse a revisar sus mensajes. Alguien le escribía cosas como "mi amor", "cuídate", etcétera. Supe que cuando estuvimos separados anduvo con ella; también que cuando Gustavo volvió conmigo la fue a ver y le dijo

que no había podido olvidarme y que seguiría conmigo. Ella había prometido esperarlo.

Ya no quise prolongar la agonía. ¿De quién fue la culpa? De un enemigo que siempre estuvo al acecho, que esperó pacientemente hasta que por fin nos alcanzó. Aun así, pude arrancarle al tiempo el privilegio de compartir diez años de mi vida con un ser maravilloso, que siempre tendrá un espacio en mi corazón.

EPÍLOGO

He pensado intensamente en lo que perdimos, hasta ahogarme en mis propios pensamientos.

Contigo pude cruzar el mundo sintiéndome segura, volando por encima de todos, guiada por la única razón de mi vida: tú.

No me equivoqué al imaginarte distinto, lo fuiste. Junto a mí, te volviste fuerte, valiente, creíste en ti, creciste tanto que tomaste la decisión de seguir haciéndolo en otro lado.

Fui como un árbol para ti, me regaste con tu semen, me abonaste con tus caricias, me cuidaste con tu amor. Mis ramas te cubrían por completo, te espantaste de mi sombra y quisiste zafarte de mis raíces. Pero al hacerlo, dejaste parte de las tuyas.

No te reprocho nada. Y aunque hace mucho tiempo te pedí que no hiciéramos promesas, hoy, por fin, puedo hacerte una: dentro de mi alma conservaré tu luminosa sonrisa a salvo del tiempo, de la vida y de la adversidad.

24 de octubre de 2005.